

Sociológica, año 19, número 57, pp. 275-307
Enero-abril de 2005

El concepto de las clases sociales y la lógica de la acción colectiva¹

*Bruno P. W. Reis**

RESUMEN

Este artículo sostiene que la fórmula olsoniana de la lógica de la acción colectiva, al demostrar la indeterminación de la conducta política de los miembros de una misma clase social, lanza un grave desafío a la teoría marxista de las clases sociales, pues impide cualquier afirmación concluyente sobre la inevitabilidad de la revolución proletaria. A continuación se examinarán las contribuciones al respecto realizadas por autores como G. A. Cohen, John Roemer, Jon Elster y Adam Przeworski, buscando captar en qué medida cada uno se inclina por una visión “objetivista” (con énfasis en la clase “en sí”) o subjetiva (con énfasis en la clase “para sí”) del concepto clase social. El artículo concluye reconociendo el carácter incierto de la indeterminación de la conducta



* Doctor en Ciencias Políticas por el Instituto Universitario de Investigación de Río de Janeiro (IUPERJ) y profesor del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG), Belo Horizonte, Brasil.

¹ Este trabajo es fruto de mi participación en las actividades de Laboratorio de Estudios Marxistas Contemporáneos, del Instituto Universitario de Investigación de Río de Janeiro (IUPERJ), bajo la coordinación del profesor Luiz J. Werneck Vianna. Además de Werneck Vianna, también los

política de los miembros de una clase, rechazando las oportunidades —especialmente las de Przeworski— de manejar los problemas a través de redefiniciones del concepto de clase social que redundan en la reducción de la relación entre clase y conflicto a una particularidad tautológica. Se preserva, no obstante, la relevancia del concepto de clases sociales en el análisis sociológico —en términos muy próximos, casi idénticos, a los formulados por Max Weber sobre el tema— como la base frecuente aunque no necesaria de la acción comunal.

INTRODUCCIÓN

La discusión sobre la cuestión de los temas “micro” y “macro” es muy común en las ciencias sociales. Definidos el nivel “micro” como el estudio de las decisiones individuales, potencialmente racionales, de los diversos agentes sociales, y el nivel “macro” como la contextualización conjunta o estructural de esas decisiones, la ciencia social contemporánea ha variado su énfasis ahora para uno, ahora para el otro lado de la balanza, en un cambio interminable de “ritmos” metodológicos (individualismo o situacionalismo metodológico, estructuralismo, funcionalismo, etc.). La búsqueda de un predominio cabal está, por mucho, aparentemente condenada al fracaso. Por un lado tenemos la racionalidad de una acción que no se puede afirmar o negar a no ser por su referencia, el contexto en el cual se realiza; por el otro, está la contextualización estructural que será imposible a menos que sea compatible con una agrupación infinitesimal de intenciones. Central en las ciencias sociales, el tema de las clases sociales es el campo donde estas preguntas tienen resonan-

profesores Fabio Wanderley Reis, de la Universidad Federal de Minas Gerais; Maria Regina Soares de Lima, del IUPERJ, y Argelina Cheibub Figueiredo, de la UNICAMP, tuvieron acceso a la versión anterior del trabajo. A ellos les agradezco las críticas y comentarios realizados en esa ocasión, de los cuales mucho se benefició la versión actual. Quisiera hacer público también mi agradecimiento al profesor William Ricardo de Sá, del Departamento de Ciencias Económicas de la UFMG y editor de la revista *Nova Economia*, cuyo incentivo mejoró el trabajo a punto de volverse posible su publicación. Naturalmente, ninguna de las personas citadas es responsable de los defectos que por casualidad yo no haya sido capaz de evitar.

Este trabajo fue originalmente publicado en *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol. 34, núm 3, pp. 415-441, IUPERJ, Río de Janeiro, 1991, y se reproduce con autorización del autor y de la revista. La traducción es del propio autor. [Nota del editor].

Sociológica ha respetado en este caso los criterios editoriales de la revista de origen. Además, aun y cuando en la sección de “Notas y traducciones” de nuestra revista no se incluyen resúmenes, en este caso se decidió dejarlo por ser parte de la obra original [Nota del editor].

cia inmediata, pues se trata precisamente de lidiar simultáneamente con la clásica distinción sociológica entre “agencia” y “estructura”, o sea, el alcance o límites de la acción humana individual, de un lado, y sus preocupaciones estructurales diferentes de la posición de clase de diversos individuos, del otro.

Naturalmente, abordar el concepto de clase social ha sido objeto de una excitación semejante a aquella que se observa en el debate metodológico general y también en la búsqueda del predominio absoluto de una de las dimensiones (“micro” o “macro”) de un problema que parece conducir a fórmulas insatisfactorias del concepto. El presente trabajo pretende tratar la perturbación de la concepción marxista tradicional de clase social que proviene de la principal contribución de Mancur Olson Jr., el estudio de la lógica de la acción colectiva. A través del análisis de la contribución del llamado “marxismo analítico”, también se pretende discutir el tema, al contrario de lo ofrecido por E. P. Thompson, quien es un defensor del punto de vista expresado arriba, acerca de la dependencia recíproca de los planos “micro” y “macro” en la teoría social.

OLSON Y LA “LÓGICA DE LA ACCIÓN COLECTIVA”

Obra de impacto crucial en la discusión acerca de clases en la ciencia social contemporánea, *The Logic of Collective Action*, de Mancur Olson Jr., publicada en 1965, puede ser considerada la referencia fundamental de la forma actual de abordar el tema “micro”. En ella Olson establece un principio básico, que es separar analíticamente el interés individual del miembro de una clase o grupo de los intereses de esa clase, tomada colectivamente: él demuestra que no necesariamente es el interés del miembro de una clase actuar conforme a los intereses de su clase. Si partimos de la suposición de que un individuo persigue racionalmente sus intereses, entonces no podemos inferir que él mismo se engañará en una acción colectiva que prometa atender sus intereses (considerando que el grupo sea lo suficientemente grande para que la abstención del individuo en cuestión no impida la provisión del bien público). Esto porque, tratándose de bienes públicos, no se podrá negar a nadie el acceso a los beneficios proporcionados por la acción colectiva en cuestión, y cualquier individuo estará en condiciones de gozar de estos beneficios sin enfrentar

el costo –y eventualmente los riesgos– de adherirse a la acción; la posibilidad de “irse de aventón” con la acción de los otros puede ocasionar una inmovilidad generalizada.

De esta posibilidad Olson deriva el concepto de “grupo latente”, que es aquel grupo objetivamente definido en función de un interés común que caracteriza a sus miembros, pero que no consigue superar el problema de la corriente y se constituye en un actor colectivo organizado.² Usando una expresión de la teoría de los juegos es como si cada individuo se enfrentará a una situación conocida como “dilema del prisionero” (en el caso de la teoría de Olson se trata de un juego entre actores modelado en la forma de un juego entre dos actores: “yo” y “los otros”). El dilema del prisionero es un “juego” en el cual cada actor parte de una situación en que tiene que optar por cooperar (“c”) o no cooperar (“D”) con los demás, y ordena sus preferencias de la siguiente forma (el diferente orden de estas preferencias –que se pueden expresar en utilidades ordinales o cardinales– define los diversos juegos posibles): la situación preferida es aquella en la que los otros cooperan pero él no (el “aventón”: DC); en segundo lugar, cada actor se coloca en una situación de cooperación universal (CC); en tercero, la no cooperación universal (DD), y como la peor alternativa está la hipótesis de adoptar solo una estrategia cooperativa, mientras que los otros se abstienen de hacerlo (CD) (sintéticamente el orden de las preferencias de los actores en el dilema del prisionero se puede expresar así: $DC > CC > DD > CD$). La solución del juego del dilema del prisionero es un egoísmo universal (DD), pues se trata de la única posición de equilibrio entre los cuatro resultados posibles, ya que es la única situación en la que ningún actor individualmente se sentirá estimulado a cambiar de estrategia (pues en ella nadie puede mejorar su posición cambiando unilateralmente su estrategia para la cooperación).

La estrategia no cooperativa es dominante, en el sentido de que la mía es mejor, independientemente de lo que los otros hagan. El interés del dilema del prisionero reside en el hecho de que, dado un orden de preferencias como el arriba mencionado, el resultado agre-

² Mancur Olson, *The Logic of Collective Action*, pp. 48-52. Además del propio libro de Olson, una competente sistematización reciente del tema se encuentra en Russell Hardin, *Collective Action*. Una presentación rápida (pero no tanto como la realizada aquí) puede encontrarse en mi trabajo “Reflexiones sobre la epistemología de Popper y el individualismo metodológico”, especialmente en pp. 18-27.

gado de la acción racional y del mismo interés de los actores que actúan independientemente entre sí está lejos de ser el resultado preferido por todos, no configurando ni siquiera el óptimo de Pareto (si todos cooperaran todos mejorarían su posición sin perjudicar la posición de ninguno); no obstante, la cooperación universal no forma parte de la solución del juego, pues es una situación inestable, ya que en ella todos podrán mejorar su posición individualmente o dejar de cooperar.³ Se trata de un problema central de la teoría social y política, por lo menos desde Hobbes, cuyo argumento básico consiste justamente en la percepción de los hombres en estado natural que se encuentran frente al dilema del prisionero en lo que concierne a la instauración del orden, de donde resulta su defensa contra el poder absoluto del “monstruo” estatal que obligaría a los hombres al estado de “cooperación universal” arriba mencionado.⁴

En el libro de Olson la parálisis general, naturalmente a consecuencia de su argumento acerca de la lógica de la acción colectiva, solamente puede evitarse a través del ofrecimiento de “incentivos

³ En verdad, la solución del equilibrio (DD) del dilema del prisionero es la única situación —de las cuatro posibles— que no llena los requisitos del óptimo de Pareto. Para una discusión acerca de esta característica peculiar del dilema del prisionero, véase George Tsebelis, *Nested Games*, pp. 65–68. Otros dos ejemplos de juegos “clásicos” son: 1) el *Chicken* (en relación con el dilema del prisionero, el juego *Chicken* invierte el orden de preferencias de los dos peores resultados: así, para cada actor, $DC > CC > CD > DD$) con dos soluciones de equilibrio posibles (DC y CD), y 2) el *Assurance* (invierte el orden de los dos mejores resultados del dilema del prisionero: así, $CC > DC > DD > CD$), y tiene dos equilibrios (CC y DD), pero solamente uno de ellos posible (CC). Existen otros juegos definidos por otros órdenes de preferencias de los actores (algunos sin ninguna solución de equilibrio), pero los tres aquí presentados son los más frecuentemente utilizados —especialmente el dilema del prisionero, particularmente importante debido a sus implicaciones teóricas centrales para el problema de la acción colectiva. Algunos actores buscan una solución cooperativa para el dilema del prisionero a través de la introducción de la hipótesis de la repetición infinita del juego, que cambia la estrategia de los actores dependientes entre sí toda vez que la posibilidad de reclamo a la no cooperación induciría a los actores a un comportamiento cooperativo. El trabajo fundamental de este concepto es de Robert Axelrod, *The Evolution of Cooperation*. Una buena introducción a los fundamentos de la teoría de los juegos es la de Frank Zagare, *Game Theory*. Un “manual” más profundo y especialmente relacionado con la ciencia política es el de Peter Ordeshook, *Game Theory and Politics Theory*. Ambos son autores “clásicos” de la bibliografía dedicada a la teoría de los juegos (véase, por ejemplo, en las referencias bibliográficas los libros de Zagare y Ordeshook arriba citados). La única obra sobre el tema ya traducida y publicada en Brasil es la de Anatol Rapoport, *Luchas, juegos y debates*.

⁴ Aunque la asociación del argumento de Hobbes del “monstruo” con el dilema del prisionero ya no sea novedad, un trabajo reciente largamente dedicado al tema es el de Jean Hampton, *Hobbes and the Social Contract Tradition*. Una rápida presentación de la clásica controversia acerca de Hobbes mantenida por Howard Warrender (*The Political Philosophy of Hobbes*), John Plamenatz (“Mr. Warrender’s Hobbes”) y A. E. Taylor (“The Ethical Doctrine of Hobbes”), analizada por la contribución de Olson, se puede encontrar en Fabio Wanderley Reis, “Solidariedade, Interesses e Desenvolvimento Político...”, pp. 190–193.

selectivos”, destinados exclusivamente a aquellos que se adhieran (ejemplos comunes de incentivos selectivos son: la asistencia médica prestada por los sindicatos a los trabajadores sindicalizados, la coacción de los recalcitrantes y la condecoración de los héroes en cualquier acción, etcétera).⁵

Brian Barry, sin embargo, llama la atención sobre la dimensión tautológica de este argumento, que permite el modelo de Olson –así como sucede con otras teorías “económicas”–, al explicar cualquier fenómeno con su misma descripción. Así, si cualquier organización se mantiene siempre se podrá afirmar que ofreció incentivos selectivos, pues cualquiera que sean las razones particulares que la gente tenga para apoyarla, dichos motivos pueden ser llamados incentivos selectivos.⁶ Todo lo que abarca el concepto de “incentivos selectivos” puede volver tautológica a la teoría de Olson y, por lo mismo, es inútil tanto para apoyar predicciones empíricas específicas (como dice Barry, no puede decirse que una determinada cosa va a suceder y la otra no), como para explicar datos históricos concretos.

Sin embargo, este mismo carácter tautológico afirma la posibilidad de universalización de la descripción analítica que la teoría de Olson hace de la lógica de la acción colectiva. Él es muy exitoso en su intención de demostrar que la adhesión de un individuo a una acción colectiva se tiene que apoyar en otras razones que no sean las del propio interés del individuo en el bien público que la acción colectiva en cuestión se propone conseguir. Con la afirmación de esta tesis aparentemente sencilla, Olson logró dar luz a innumerables problemas teóricos, entre ellos por lo menos a dos que son fundamentales e inmediatamente visibles. En primer lugar, forzó a los pluralistas estadounidenses a matizar sus análisis, ya que consideraban descuidadamente a los grupos de presión como los actores principales de su concepción teórica. Después de Olson los grupos pueden continuar siendo actores relevantes, pero ya no es posible basarse en el argumento de la hipótesis sobre el comportamiento de grupos sin antes extender el análisis hasta los individuos integrantes de estos grupos.⁷ Un segundo desdoblamiento importante del modelo de Olson es el hecho de que logra iluminar de forma reveladora la clásica distin-

⁵ Mancur Olson, *The Logic of Collective Action*, pp. 51 y 133.

⁶ Véase Barry, *Los sociólogos, los economistas y la democracia*, p. 43.

⁷ Un reciente desarrollo de la lógica de Olson, con una atención más detallada en el estudio de los grupos de presión, se encuentra en Mancur Olson, *The Rise and Decline of Nations*.

ción marxista entre “la clase en sí misma” y “la clase para sí”, como lo veremos en la próxima sección.

DOS PUNTOS DE VISTA SOBRE EL CONCEPTO MARXISTA DE CLASE

La definición de los conceptos de “la clase en sí” y de “la clase para sí” fue realizada en términos un tanto ambiguos por el propio Karl Marx.⁸

Con base en los dos tipos de categorías actuales para el concepto de clase social se pueden obtener dos interpretaciones acerca de la importancia relativa de los términos “clase en sí” y “clase para sí”. Un concepto, que llamaremos “objetivista” (o “estructural”, como prefiere G. A. Cohen),⁹ define a las clases sociales con base en alguna referencia “objetiva” de la realidad social: una persona pertenece a una determinada clase social de acuerdo a su relación de propiedad con los medios de producción, o por el hecho de vender o comprar fuerza de trabajo, o por prestar o pedir prestado capital, etc. El otro concepto, que llamaremos “subjetivista”, encuentra su planteamiento más famoso dentro del ámbito del marxismo en la obra de E. P.

⁸ Según Jon Elster, a propósito de la expresión “clase en sí”, jamás fue siquiera empleada por Marx, siendo atribuida a él como el opuesto natural de “clase para sí”, frase efectivamente usada por Marx en *La miseria de la filosofía* (Elster, *Making Sense of Marx*, p. 346). Véase también Bottomore, *Dicionário do Pensamento Marxista*, voz “classe”, p. 62 (para la mención pertinente de *A Miséria da Filosofia*). A propósito, es necesario decir que a pesar de su importancia capital en la teoría marxista el concepto de clase nunca fue formulado de manera sistemática ni por Marx ni por Engels, dato que tal vez explique en alguna medida las ambigüedades observadas en el uso que ambos hicieron de él —como, por ejemplo, afirmar en *A Ideología Alemá* que la propia emergencia del término clase es un producto de la burguesía, y en el *Manifiesto comunista* que la historia de todas las sociedades hasta hoy existentes es la historia de la lucha de clases, incluyéndose la lucha entre patricios y plebeyos en Roma (véase Bottomore, *Dicionário do Pensamento Marxista*, palabra “classe”, p. 61. Véase también *A Ideología Alemá*, p. 119, y el “Manifiesto do Partido Comunista”, p. 22. La propia *Ideología Alemá* está “repleta de referencias a las clases en sociedades precapitalistas”, conforme lo constata Elster, *Making Sense of Marx*, p. 334, traducción mía). Tal vez se pueda afirmar que la asociación explícita y exclusiva del concepto de clase con la esfera económica sea sobre todo una contribución de Marx Weber, que definió clases sociales —a diferencia de los “grupos de estatus”— de forma exclusivamente económica, según el comportamiento común de los grupos de personas en relación con el mercado (véase Weber, “Clase, estrato, Partido”, especialmente p. 212: “Podemos hablar de una ‘clase’ cuando: 1) cierto número de personas tiene en común un componente casual específico en sus oportunidades de vida y en la medida en que, 2) ese componente es representado exclusivamente por los intereses económicos de la posesión de bienes y oportunidades de renta, y 3) es representado bajo las condiciones de mercado de productos o mercado de trabajo”).

⁹ G. A. Cohen, *Karl Marx’s Theory of History: A Defense*, p. 73.

Thompson, quien define la clase social por medio de la conciencia personal de los integrantes de la misma.¹⁰ En relación con la dicotomía marxista de clase en sí/clase para sí, el concepto objetivista dará un claro énfasis a la caracterización de la clase “en sí”, al descalificar a la conciencia individual de los actores según el criterio que define a una clase social; paralelamente, el enfoque subjetivista identificará el concepto de clase social con una noción marxista de “clase para sí” al dejar en segundo plano la posición objetiva de los actores en las relaciones de producción, una vez constatado el hecho de que no hay correspondencia inmediata entre esta posición y la conciencia (así como la conducta) de los actores. La contribución de Olson se vuelve valiosa para el tema en la medida en que maneja precisamente la relación entre conciencia y acción y la lógica implícita en pasar de una a otra, así como las condiciones requeridas para que un grupo, objetivamente definido, pero “latente”, aborde el problema al mismo tiempo y se vuelva capaz de actuar concertadamente de manera eficaz.

Visto el problema bajo ese ángulo, la separación analítica que Olson establece entre conciencia y acción nos muestra con claridad la limitación crucial a que está sujeto el concepto subjetivista: al identificar el concepto marxista de clase social con una conciencia de clase, la lectura subjetivista procura rodear la disociación de posiciones (objetiva) que se observa entre las relaciones de producción y la conciencia de clase. Olson va más allá y muestra que también existe una ruptura entre la conciencia de clase y la acción orientada por el interés de la clase, siendo perfectamente posible que un actor consciente, lúcido y racional en relación con su posición de clase y con la defensa de sus intereses prefiera ser “un aprovechado” y beneficiarse de eventuales iniciativas de terceros, a tener que costear su adhesión a acciones colectivas. El esfuerzo del concepto subjetivista en su intento de conectar la noción de clase con una acción motivada por el interés de clase se vuelve, por lo tanto, inocuo, pues no se puede avanzar mucho más y abandonar también la atención a la conciencia de clase –identificándose directamente el concepto

¹⁰ “La clase sucede cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan una identidad de intereses entre sí, y otra contra otros hombres cuyos intereses difieren a los suyos (y generalmente se oponen a éstos)”. Véase E. P. Thompson, *A formação da Classe Operária Inglesa*, vol. 1, p. 10. Una pequeña corrección a la traducción original fue necesaria.

de clase social con una acción colectiva organizada— sin que con esto se acabe completamente la especificidad del concepto de clase en relación con cualquier grupo organizado, tales como sindicatos, partidos, asociaciones comunitarias, iglesias etc., perdiéndose de vista las implicaciones vitales inherentes a la condición de clase en relación con las oportunidades vitales de cada individuo en una determinada sociedad.¹¹

No menos claro, sin embargo, es el problema de la incorporación que la obra de Olson trae al concepto objetivista de la teoría marxista de las clases sociales, pues la posibilidad de la opción racional por el sujeto “aprovechado” demostrada por Olson —y la consecuente indeterminación de la relación entre el interés colectivo y la acción individual que de ahí surge— parece suficiente para que la interpretación objetivista tenga que auspiciar una teoría de las clases sociales que difícilmente podrá continuar si pretende considerarse marxista. Podrá ofrecer una definición más o menos aceptable de un concepto “objetivo” de clase, con base en la cual podrá construir una tipología aproximadamente satisfactoria de las clases, por casualidad existentes, en un modo cualquiera de producción, pero no podrá hacer cualquier inferencia confiable acerca del comportamiento político históricamente esperado de estas clases. Y fue exactamente en ciertas inferencias acerca del comportamiento esperado de las clases sociales en el capitalismo que Marx apoyó parte sustancial de su obra, especialmente cuando se refiere a la profecía de la llegada de la revolución proletaria.

Naturalmente, está implícita en esta conclusión la suposición de que Marx no estaba consciente del dilema de la acción colectiva tal como fue formulado por Olson. Ésta, además, está lejos de ser una suposición sin discusión, mereciendo un estudio más profundo. Para Raymond Boudon, por ejemplo, Marx no proponía una asociación entre conciencia y acción tan automática como la que aquí fue expuesta. Boudon escribe: “La distinción entre clase en sí y clase para sí, las infinitas dudas sobre la noción de la conciencia de clase y los análisis so-

¹¹ Vimos más arriba (nota 8) que esta asociación de las oportunidades vitales de las personas con su condición de clase ya estaba presente en Max Weber (“Clase, Estrato, Partido”, p. 212): la primera de las tres características que definen la noción weberiana de “clase” se refiere a las “oportunidades de vida” de las personas. Algunas implicaciones relevantes del nexo entre la situación de clase y las oportunidades vitales de las personas son exploradas por Fabio Wanderley Reis, “Solidariedade, Interesses e Desenvolvimento Político”, sobre todo en la p. 210.

bre la organización política de las clases muestran que él estaba [Marx] por lo menos implícitamente consciente de la paradoja de Olson.”¹²

Creo, sin embargo, que aunque sea muy probable que Marx se sintiera inseguro en cuanto a la capacidad de acción política concertada del proletariado, especialmente en relación con las acciones estratégicas con planteamientos de largo plazo (caso de la acción revolucionaria), nada de lo que Boudon argumenta nos permite concluir que Marx dejara de identificar a la conciencia de clase como un momento fundamental de la lucha de clases, y mucho menos nos permite la inferencia de que él, como Olson, admitiera la hipótesis de que clases sociales “conscientes” pudieran permanecer indefinidamente como “grupos latentes”, incapaces de actuar colectivamente. Por el contrario, es precisamente el rechazo implícito de esta posibilidad lo que fundamenta la tesis marxista de la inevitabilidad de la revolución proletaria.

Jon Elster corrobora, en lo esencial, el punto de vista aquí defendido, ya que según él, aunque por un lado Marx pareciera consciente de la posibilidad de la existencia de “aprovechados” entre los capitalistas (después de hablar tanto de reglamentos legales para el trabajo como de mecanismos del mercado como formas en que los capitalistas se protegen de sí mismos), por otro lado tenía la tendencia de identificar conciencia de clase con capacidad de acción concertada, por lo menos en lo que se relaciona con la clase obrera, no sin haber enfrentado el hecho de que para hacer estallar una huelga, desatar una revolución, o hasta para formar un sindicato, también los obreros (aun los “conscientes”), tienen que afrontar un dilema del prisionero.¹³

Llegamos, de esta forma, a una aparente incompatibilidad fundamental entre la incorporación de la contribución de Olson y una teoría de las clases sociales con moldes marxistas. Sin embargo, a lo largo de la última década está ganando un merecido énfasis en la producción sociológica internacional un grupo de estudiosos que se proponen precisamente trabajar con temas tradicionalmente marxistas utilizando el instrumental teórico de la “selección racional”, el mismo utilizado por Olson.

La producción de este grupo de autores está siendo reconocida con el nombre de “marxismo analítico” y, naturalmente, uno de los

¹² Raymond Boudon, *Efeitos Perversos e Ordem Social*, p. 42.

¹³ Jon Elster, *Marx Hoje*, p. 148.

desafíos más duros que se les ha presentado consiste en intentar superar la aparente incompatibilidad mencionada arriba. La forma como el marxismo analítico se está encargando de esta tarea constituye el tema de la próxima sección.

EL “MARXISMO” Y LAS CLASES SOCIALES

A pesar de que la teoría de los juegos está presentando un desarrollo acelerado desde la década de los cincuenta, y de que Olson haya publicado su *The Logic of Collective Action* en 1965, no fue sino a partir de los años ochenta que la teoría de los juegos, y el aparato teórico del que se acordó llamar “individualismo metodológico”, empezaron a ser utilizados de forma sistemática en el tratamiento de temas típicamente marxistas.

ELSTER, COHEN, MARXISMO Y FUNCIONALISMO

En 1982 Jon Elster publicó en la revista *Theory and Society* (vol. 11, núm. 4) su artículo “Marxismo, funcionalismo y teoría de los juegos”, que es el más “programático” de los trabajos del marxismo analítico. En ese artículo Elster rechaza la posibilidad de la explicación funcionalista en ciencias sociales y critica a diversos autores marxistas por utilizar largamente tal recurso en ese género de explicaciones.¹⁴ Su rechazo al funcionalismo se apoya en el hecho de que sobre una explicación funcionalista recae el peso de la demostración de la existencia de un *feedback* casual del efecto (que explica) para la causa (que va a ser explicada), lo que casi nunca se hace, ya que el *feedback* es muy poco admitido. El funcionalismo, por lo tanto, presume que la existencia de efectos benéficos de una institución o un padrón de comportamiento son suficientes para una explicación, aun en el

¹⁴ La explicación funcionalista puede ser entendida, *grosso modo*, como aquella en que las consecuencias explican sus causas. Véase Elster, “Marxismo, Funcionalismo e Teoria dos Jogos”, especialmente pp. 165-167. Para un examen más detenido sobre el asunto, véase Carl Hempel, “A Lógica da Análise Funcional”, así como Arthur Stinchcombe, *Constructing Social Theories*, cap. 3, especialmente, pp. 80-101; G. A. Cohen, *Karl Marx’s Theory of History. A Defense*, caps. IX y XX, pp. 249-296, y J. Elster, *Explaining Technical Change*, cap. 2, pp. 49-68 (agradezco a la profesora Argelina C. Figueiredo por la indicación del libro de Elster).

caso de que los actores no estén conscientes de estos efectos, incurriendo, entonces, en el error que Elster llama “teleología objetiva”, o sea, la afirmación de la existencia de “procesos guiados para una finalidad sin un sujeto intencional.”¹⁵ En una segunda parte del artículo Elster hace una exposición sumaria de las principales características de la teoría de los juegos y defiende su utilización por los autores marxistas, en sustitución de la comprensión funcionalista del capitalismo, comúnmente adoptada por ellos hasta la actualidad.

El contrapunto metodológico más interesante de Elster en el interior del marxismo analítico es, sin duda alguna, G. A. Cohen, cuya respuesta al artículo de Elster fue publicada en el mismo número de *Theory and Society* que publicó “Marxismo, funcionalismo y teoría de los juegos.”¹⁶ Cohen concuerda con Elster en que el marxismo ha sido caracterizado tradicionalmente por el uso de explicaciones, en las cuales las consecuencias explican las causas. Entre tanto, aunque se conceda el hecho de que las explicaciones funcionalistas hayan sido utilizadas con frecuencia en forma arbitraria e inconsistente (sin preocupación ni por la demostración del *feedback*, ni por la previsión de microfundamentos), Cohen defiende la importancia del recurso de las explicaciones funcionalistas en ciencias sociales, tomando los cuidados necesarios. En lo que se relaciona específicamente con el marxismo, Cohen afirma que no hay cómo pretender que el materialismo histórico tenga algún sentido, de no ser a través del recurso de las explicaciones funcionalistas.¹⁷ Al contrario de Elster, que ve cualidades en la teoría de los juegos e intenta aplicarlas al marxismo, Cohen afirma que no realiza la defensa del funcionalismo por ver en él cualidades *a priori*, sino porque procura llevar adelante una defensa del materialismo histórico y no ve otra manera de hacerlo que no sea a través de la defensa del tipo de explicación funcionalista.¹⁸ Para Cohen, descartar el funcionalismo implica descartar

¹⁵ Elster distingue la teleología objetiva (“postular un propósito sin su actor”), tanto de “la teleología subjetiva (actos intencionales con un sujeto intencional)”, como de la “teleonomía (comportamiento adaptativo modelado por la selección natural)”, procedimientos todos considerados válidos por él (véase J. Elster, “Marxismo, Funcionalismo e Teoria dos Jogos”, pp. 166-167. Los fragmentos citados están en la p. 166).

¹⁶ Se trata de G. A. Cohen, “Respuesta al artículo ‘Marxismo, funcionalismo y teoría de los juegos’, de Jon Elster”.

¹⁷ Para una explicación sintética de los principales argumentos de Elster y Cohen acerca del funcionalismo, véase mi trabajo “Reflexões sobre a Epistemologia de Popper e o Individualismo Metodológico”, pp. 35-39.

¹⁸ A. G. Cohen, “Resposta ao Artigo...”, p. 187.

el marxismo: incluso llega a afirmar que “decir, como algunos marxistas lo hacen, que ‘la lucha de clases es el motor de la historia’ significa abandonar el materialismo histórico”.¹⁹

Es desconcertante el argumento de Cohen. ¿Cómo será posible conciliar –al punto de que ambos tengan el mismo rótulo de “marxismo analítico”– la enfática declaración de Cohen de los “procesos que no son acciones” como los caminos centrales al materialismo histórico, por un lado, con la agresiva defensa del individualismo metodológico de Elster, por el otro? Cohen declara, sin embargo, que si la unión de esos “procesos” con las acciones de los individuos no puede ser –por lo menos al principio– establecida, esta imposibilidad será “mortal para el materialismo histórico”, pues Cohen reconoce que “las acciones son causas próximas prominentes de los efectos sociales”.²⁰

Así, John Roemer pudo atestiguar que la diferencia entre Elster y Cohen acerca de la validez de las explicaciones funcionalistas en ciencias sociales no pone en cuestionamiento el hecho de que ambos admiten que todo proceso histórico se basa en acciones racionales individuales; lo que Cohen rechaza, así, es la afirmación de Elster de que sólo se puede considerar un acontecimiento como explicado después de comprendidos sus micro mecanismos subyacentes.²¹ La gran diversidad de teorías que pueden derivar de esta base común constituye uno de los aspectos más interesantes de lo que John Roemer llamó “marxismo analíticamente sofisticado” (cuyos principales exponentes son, además de Jon Elster y G. A. Cohen, el propio John Roemer y Adam Przeworski), fuertemente comprometido con la necesidad de la teorización en un alto nivel de abstracción, de modo que –con base en la filosofía analítica contemporánea y en recursos metodológicos usualmente relacionados a la ciencia social “burguesa”– buscará la fundamentación teórica formal de los principales postulados marxistas, tantas veces considerados dogmáticamente como axiomas.²²

¹⁹ *Idem*, p. 188.

²⁰ *Idem*, p. 189.

²¹ John Roemer, “Introduction”, en J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, p. 8.

²² *Idem*, pp. 3-8, especialmente, pp. 3-4.

*COHEN, ROEMER Y ELSTER:
EL “OBJETIVISMO” EN EL MARXISMO ANALÍTICO*

De regreso ahora al tema de las clases sociales, una tarea que naturalmente es considerada en el marxismo analítico consiste en –a la luz de la formulación de Olson y de las importantes contribuciones que el creciente desenvolvimiento de la teoría de los juegos propicia al tema– examinar de nuevo las razones por las cuales las clases surgen como actores colectivos importantes (si es que eso sucede); las condiciones de posibilidad de su actuación colectiva y, en lo que concierne específicamente al proletariado, la previsible actuación revolucionaria que Marx le reservó. En suma, toca al marxismo analítico la tarea de trabajar con la aparente incompatibilidad detectada más arriba entre la teoría de la acción colectiva tal como fue formulada por Olson y una teoría de las clases sociales con moldes marxistas.

A primera vista sería de esperarse que el individualismo metodológico abiertamente profesado por la mayoría de los marxistas analíticos los acercara a una forma subjetivista, a la manera de Thompson. Sin embargo, el carácter formal-deductivista de los trabajos marxistas analíticos los inclinó –a pesar de la existencia de importantes diferencias entre ellos y de la notable excepción parcial en que se constituye el trabajo de Adam Przeworski– hacia un término que podría ser considerado objetivista del concepto de clase. Con todo, no hay hostilidad contra el trabajo de Thompson, al cual Elster se refiere como “un estudio histórico impresionante de la conciencia de clase”.²³ Lo que sí parece existir, en lugar de eso, es una especie de delimitación de competencias entre la contribución eminentemente historiográfica de Thompson al estudio del problema de la formación de la conciencia de clase, por un lado, y la cuestión de forjar una definición teórica del concepto de clase, por el otro. En relación con el último punto, los marxistas analíticos parecen rechazar categóricamente las formulaciones de Thompson, pues los procedimientos metodológicos de los primeros –con énfasis en la abstracción teórica y en la discusión formal– divergen radicalmente de la atención “empírica” de Thompson a los hechos y a la historia.

Una buena indicación de esta actitud puede encontrarse en el libro de Cohen, *Karl Marx’s Theory of History: A Defense*. Allí, Cohen

²³ J. Elster, *Marx Hoje*, p. 158.

se da a la tarea de detenerse en la definición (subjetivista) que Thompson ofrece del concepto de clase social, en defensa de la búsqueda de una definición de tipo objetivista (que Cohen llama, tal vez más adecuadamente, como “definición estructural”).²⁴ Después de definir al proletariado como “el productor subordinado que debe vender su fuerza de trabajo para obtener sus medios de vida”, Cohen reconoce que este acercamiento todavía contiene defectos, pero afirma que se trata del tipo correcto de definición de clase social, ya que “define a la clase con referencia a la posición de sus miembros en la estructura económica, y a sus derechos y deberes efectivos dentro de ella”.²⁵ Cohen prosigue:

La clase de una persona se establece exclusivamente por su lugar objetivo en la red de las relaciones de propiedad, aunque pueda ser difícil identificar tales lugares con nitidez. Su conciencia, cultura y opiniones políticas no entran en la determinación de su posición de clase. De hecho, estas exclusiones son necesarias para preservar el carácter sustantivo de la tesis marxista de que la posición de la clase condiciona fuertemente la conciencia, la cultura y la opinión política.²⁶

De vuelta entonces con Thompson y su recomendación contra las definiciones “estructurales” del proletariado, Cohen defiende su propio punto de vista, no sin antes elogiar el “magnífico” trabajo historiográfico de Thompson. Afirma que su error consiste en una interferencia indebida realizada a partir de una premisa verdadera, y sustenta que es esa premisa –y no el equivocado concepto de clase indebidamente inferido de ella– lo que da forma al trabajo de Thompson como historiador.²⁷ La premisa verdadera es afirmar que las relaciones de producción no determinan mecánicamente la conciencia de clase; la conclusión injustificada que Thompson saca de ahí es que la clase no puede ser definida por referencia exclusiva a las relaciones de producción. Cohen llega a afirmar que podemos aceptar la premisa y rechazar la conclusión de Thompson, pues afirmar que las clases pueden definirse en función de las relaciones de producción no implica afirmar que las relaciones de producción determi-

²⁴ A. G. Cohen, *Karl Marx's Theory of History...*, especialmente pp. 73-77.

²⁵ *Idem*, p. 73 (traducciones mías).

²⁶ *Ibidem* (traducción mía).

²⁷ *Ibidem*.

nan la conciencia de clase. Así, la negación de la determinación “objetiva” (o estructural) de la conciencia de clase no tiene ninguna relación lógica con una eventual opción por la determinación “objetiva” (o estructural) de la posición de clase.²⁸

Perry Anderson, en su *Arguments within English Marxism*, suscribe la crítica de Cohen y acusa a Thompson de hacer una generalización abusiva de los resultados de su investigación sobre el proletariado inglés del siglo xix.²⁹ A fin de cuentas, ¿se podría afirmar que los esclavos de Atenas o los señores feudales de la Alta Edad Media poseían “conciencia de clase”, o que actuaban específicamente como miembros de una clase? Si no es así, ¿deberíamos dejar de caracterizarlos como clases sociales? De hecho, como lo observa Anderson, Thompson afirma que la formación de clases y de la conciencia de clase son etapas avanzadas del proceso histórico real, pero eso lo llevaría a la paradoja de admitir la existencia de la lucha de clases donde no existen clases, a menos que estuviera dispuesto a abandonar el concepto de lucha de clases para caracterizar otros conflictos sociales anteriores al siglo xix.³⁰

También John Roemer defiende un trato objetivista del concepto de clase, ahora en el ámbito de una teoría sobre la explotación. Para Roemer, las clases surgen de la institución de un mercado de trabajo (o de un mercado de crédito, su equivalente funcional), donde –dependiendo de sus dotaciones iniciales de recursos financieros o productivos– los diversos actores, al tratar de optimizar sus resultados, venderán o comprarán fuerza de trabajo (o, en el caso del mercado de crédito, tomarán prestado o prestarán capital). Así, a partir del momento en que los productores individuales empiezan a tener que decidir cuánto trabajo van a comprar, vender u operar por cuenta propia (o cuánto capital van a prestar, pedir prestado o movilizar por cuenta propia), surge la división de la sociedad en clases sociales, definidas íntimamente por la relación optimizadora específica de cada uno con la compra y la venta de fuerza de trabajo (o con el mercado de crédito). A través de su “principio de correspondencia entre clase y explotación”, Roemer afirma que todos los que venden su fuerza de trabajo (o piden capital prestado) son explotados, mien-

²⁸ *Idem*, pp. 74-75.

²⁹ Perry Anderson, *Arguments within English Marxism*, p. 40.

³⁰ *Idem*, pp. 41-42.

tras que todos los que compran fuerza de trabajo (o prestan capital) son explotadores, definiendo la explotación por la comparación con el promedio de tiempo de trabajo socialmente necesario que una distribución rigurosamente igualitaria del tiempo de trabajo requeriría de cada productor: quien trabaja más de ese promedio es explotado; quien trabaja menos es explotador.³¹

Aunque para Roemer la posición de clase está asociada a estrategias individualmente escogidas en un mercado competitivo, su opinión puede ser considerada objetivista, ya que en su modelo la posición de clase de un productor está íntimamente relacionada con su riqueza inicial y de ella deriva necesariamente.³²

Jon Elster apoya la comprensión del concepto de clase básicamente sobre las contribuciones de Cohen y Roemer.³³ Es imposible, por ejemplo, dejar de identificar el modelo de Roemer después de leer el siguiente fragmento de Elster:

Un trabajador es alguien que vende su fuerza de trabajo porque tiene que hacerlo, o porque, en términos generales, ese es el mejor medio de aplicar sus dotes productivas. El concepto de clase, para ser útil en una teoría de la lucha de clases, debe agrupar solamente a aquellos que están unidos por la necesidad y por un destino común. De ahí que, en economías de mercado con propiedad privada de los medios de producción, una clase consiste en individuos que tienen que adoptar el mismo comportamiento de mercado si quieren hacer el mejor uso de lo que poseen. La propiedad de los medios de producción entra en esa definición de forma indirecta, como aquello que determina cuál es el comportamiento óptimo frente el mercado. El comportamiento generado por la dotación se convierte en el criterio de clase.³⁴

³¹ John Roemer, "New Directions on the Marxian Theory of Exploitation and Class", pp. 87-89. La elaboración completa de la teoría de Roemer se encuentra en su libro: *A General Theory of Exploitation and Class*. Es interesante observar que en Roemer la explotación no proviene del proceso de trabajo, sino de la concentración relativa de la propiedad de los medios de producción (véase Roemer, "New Directions...", pp. 93-95).

³² Roemer después enriquece su teoría de la explotación al introducir la acumulación en su modelo. Su enfoque del concepto de clase permanece fundamentalmente el mismo (véase *idem*, pp. 95-97 y ss).

³³ Una exposición sumaria de las opiniones de Elster sobre el tema puede encontrarse en Jon Elster, *Marx Hoje*, cap. 7, pp. 140-159. Para un tratamiento más completo y detallado es imprescindible recurrir a su obra *Making Sense of Marx*, cap. 6, pp. 318-397.

³⁴ J. Elster, *Marx Hoje*, pp. 144-145.

Dicho sintéticamente, “una clase es un grupo de personas que, en virtud de lo que poseen, son orilladas a ejercer las mismas actividades si quieren hacer el mejor uso de sus recursos”.³⁵

Elster nos recuerda, todavía, que una definición no es una teoría, y que el interés de la teoría marxista de las clases sociales no reside en la eventual definición que Marx no ofreció sobre la noción de clase social, pero sí en las inferencias que hizo a partir de su concepción. Y –de acuerdo con lo que ya habíamos mencionado previamente (capítulo tercero)– es en este punto que se colocan los problemas, no sólo para las formulaciones que el propio Marx nos legó, sino también para la mayoría de las contribuciones de los marxistas analíticos.

Según Elster, la teoría marxista de las clases tenía la pretensión de ofrecer la explicación básica de los conflictos sociales: Marx creía que clases objetivamente definidas tienden a cristalizarse en actores colectivos, y que eventuales actores colectivos sin correspondencia de clase tienden a perder importancia. Habría, así, la presunción de que el “mapa” de los actores colectivos relevantes en una sociedad podría explicarse por referencia a las clases sociales objetivamente definidas.

La consideración de la existencia de grupos religiosos, étnicos, o de otras agrupaciones colectivamente actuantes implica dos obvios problemas a la teoría formulada en esos términos: 1) la persistencia de actores colectivos que no son clases, y 2) el fracaso de algunas clases al organizarse como actores colectivos.³⁶ La Antigüedad Clásica nos ofrece un buen campo de prueba de la inconsistencia de la teoría marxista fuera del contexto capitalista.³⁷

A lo largo de toda la historia de la civilización grecorromana, el conflicto social central sucedió entre patricios y plebeyos, dos grupos que todavía no son propiamente clases (económicamente definidas), pero si lo que Max Weber llamó “grupos de estatus”, o “estratos”.³⁸

³⁵ Jon Elster, “Three Challenges to Class”, p. 147 (traducción mía).

³⁶ *Idem*, pp. 147-148.

³⁷ Véase Jon Elster, *Making Sense of Marx*, pp. 331-335. En estas páginas Elster muestra cómo los “conflictos sociales en las sociedades precapitalistas colocan en un serio problema a la teoría marxista de las clases” (p. 335, traducción mía), especialmente si comprendemos a las “clases” como económicamente definidas. El propio Marx fue muchas veces “inconsciente en lo que dijo sobre las clases en esas sociedades” (*ibidem*), como se puede observar, por ejemplo, en las inconsistencias entre la *Ideología alemana* y el *Manifiesto comunista* mencionadas arriba (nota 8).

³⁸ Para profundizar en la distinción weberiana entre “clase” y “estrato”, véase Weber, “Clase, Estrato, Partido”, pp. 211-226. Su explicación más sintética se encuentra en el siguiente

El propio Marx –en un prefacio de 1869 a la segunda edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*³⁹– se refiere a los esclavos de Roma (sin duda una clase, según los criterios que la definen por referencia a las relaciones de producción)⁴⁰ como el “pedestal pasivo” sobre el cual se desarrollaría la lucha de clases entre los hombres libres, ricos y pobres, en un caso histórico de clase que nunca se constituyó como actor colectivo.⁴¹

Según Elster, sin embargo, esta inexistencia de la acción colectiva de clase entre los esclavos no constituye un desafío real a la teoría marxista de las clases, toda vez que su posibilidad fue un factor importante en la determinación de las relaciones sociales. No se puede decir lo mismo de la afirmación weberiana de que hay sociedades (“estratificadas”) donde el conflicto central no es protagonizado por las clases sociales, pero sí por los grupos de estatus. Esta posibilidad, según Elster, no es compatible con el papel preponderante que Marx destinaba a las clases en la dinámica de los conflictos sociales.⁴²

Así, en lo que se refiere a los dos “desafíos” arriba lanzados a la teoría marxista de las clases sociales tal como aquí se describe,

fragmento: “En contraste con la ‘situación de clase’, determinada solamente por motivos económicos, deseamos designar como ‘situación de estatus’ todo componente típico del destino de los hombres determinado por una estimativa específica, positiva o negativa, del honor”. (*idem*, p. 218). Otra dimensión del problema está relacionada con el reconocimiento de la existencia de hábitos compartidos por miembros de una misma clase (la llamada “cultura de clase”), dimensión que no se confunde con la noción de estrato, toda vez que la cultura de clase no necesariamente supone la percepción (o “conciencia”) de pertenecer a un grupo por parte de los miembros de la clase, al contrario de lo que ocurre en el caso de los grupos de estatus. Una utilización interesante del tema de la “cultura de clase” –aunque la expresión no sea empleada allí– se encuentra en Joseph Schumpeter, “Social Classes in an Ethnically Homogeneous Environment”, pp. 107-108. Conectada a este tema hay una vasta literatura que trata de estudiar los componentes socio-psicológicos de las clases sociales (en contraste con los “estratos”, que pueden ser distinguidos de forma más o menos artificial) y su mayor o menor propensión a la acción colectiva y/o al conflicto.

³⁹ Karl Marx, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, p. 326.

⁴⁰ Max Weber, entre tanto, clasifica a los esclavos como un estrato, en virtud de que no tienen la “oportunidad de usar, en provecho propio, bienes y servicios en el mercado”. Véase “Clase, Estamento, Partido”, p. 214.

⁴¹ Jon Elster, “Three Challenges to Class”, pp. 151-152. Según M. I. Finley (*Economía e Sociedad en Grecia Antigua*, p. 126), las rebeliones de esclavos registradas en la Antigüedad siempre fueron guiadas por el deseo de algunos de escapar a su condición; nunca buscaron la extinción de la esclavitud o la mejora de las condiciones de vida de los esclavos. La libertad por la cual luchaban incluía el derecho de poseer a otros individuos como esclavos. Elster –adoptando una posición un poco extremista– se rehúsa a calificar tales rebeliones como luchas de clases en el sentido marxista (véase Elster, *idem*, p. 152). No vamos a entrar en la discusión de este punto, ya que –conforme veremos más adelante– es irrelevante para la argumentación de Elster.

⁴² Jon Elster, *idem*, p. 153.

para Elster sólo el primero –la persistencia histórica continua de actores colectivos que no son clases económicamente definidas– constituye una dificultad real; ya el fracaso observado de algunas clases al organizarse como actores colectivos (el segundo desafío arriba presentado) no constituye un problema para la teoría marxista, si es que se puede argumentar en favor de la existencia de una “lucha de clases latente” que influenciaría las relaciones sociales.⁴³

Otro problema que Elster expone para la teoría marxista de las clases sociales reside en el punto citado por Ralf Dahrendorf, según el cual las diferencias de poder presentes en las relaciones de dominio y subordinación deben constituir una dimensión relevante en la definición de las clases, si queremos que la teoría de las clases sociales tenga un papel importante en la explicación de los conflictos sociales.⁴⁴ Relacionada con esto último aparece la afirmación de Elster sobre las relaciones inmediatas entre clases, que involucrarían un “proceso de jerarquía de mano doble”, con transferencia del excedente de abajo para arriba, por un lado, y la transferencia de órdenes de arriba hacia abajo, por el otro. Esta transferencia del excedente, entre tanto, no coincide necesariamente con la relación de explotación, y Elster cita como ejemplo el hecho de que el arrendatario capitalista transfiere excedente para el propietario de tierras, pero no es explotado por éste. “Son ambos explotadores, viviendo del trabajo de los trabajadores que explotan”.⁴⁵ Este tipo de relación de explotación indirecta, que no involucra una confrontación cara a cara,

⁴³ *Idem*, pp. 152-153.

⁴⁴ Jon Elster, *Marx Hoje*, pp. 145-146 y 158. La contribución, hoy clásica, de Dahrendorf al asunto es su libro *Class and Class Conflict in Industrial Society*, de 1957. Erik Olin Wright procura contemplar esta misma dimensión del problema al introducir las “capacidades organizacionales” de los actores (*organization assets*) como una de las variables que definen sus posiciones de clase (véase Wright, “What is Middle about the Middle Class?”, especialmente pp. 126-139). Su concepción está más ampliamente desarrollada en su libro: *Classes*.

⁴⁵ Jon Elster, *Marx Hoje*, p. 147. La teoría de Roemer –en la cual Elster se basa– excluye la posibilidad de que un solo actor sea explotado y explotador al mismo tiempo, pues ya no define la explotación en función del proceso de trabajo, pero sí como una consecuencia lógica de las diferentes dotaciones “iniciales” de recursos productivos (medios de producción) de los diversos actores: como ya se vio antes, son explotados aquellos que para optimizar sus recursos son forzados a trabajar más que el promedio del tiempo de trabajo socialmente necesario (o sea, vender su fuerza de trabajo o pedir capital prestado); aquellos que optimizan trabajando menos que ese promedio (o sea, los que compran fuerza de trabajo o prestan capital) son explotadores. Es posible que todavía alguien optimice su resultado absteniéndose de comprar o vender fuerza de trabajo, no siendo este el caso ni del explotado ni del explotador; no es posible, por lo tanto, que alguien sea explotado y explotador (véase Roemer, “New Directions...”, especialmente pp. 81-102). Para una demostración formal de las posiciones de clase posibles en el modelo, consúltese Roemer, *A General Theory...*, pp. 69-77.

es común en el capitalismo. Según Elster, de ahí surge un problema más para la teoría marxista de las clases, ya que el conflicto de clases es típicamente generado por confrontaciones cara a cara, aunque muchas veces las relaciones más remotas sean las más relevantes. Esta “miopía” frecuente de la lucha de clases se vuelve poco probable, ya que de ella deriva directamente el gran cambio social esperado por Marx.⁴⁶ La conclusión de Elster apunta a la absoluta relevancia de las clases sociales como fuente de conflicto (por lo menos como una fuente entre otras)⁴⁷ y como un terreno ineludible de intercambio para la formación de alianzas que definirán las estructuras de poder en una sociedad. De todas formas, aunque afirme la absoluta relevancia de las clases sociales, Elster se rehúsa a admitir el postulado marxista de la centralidad de la estructura de clase en la explicación del conflicto social entre grupos organizados en todas las sociedades,⁴⁸ corroborando el punto de vista aquí expresado anteriormente acerca de la indeterminación fundamental del comportamiento político de las clases sociales.

*PRZEWORSKI: UNA TENTATIVA
DE “SOLUCIÓN DE COMPROMISO”*

Con base en lo que fue expuesto hasta aquí estaríamos orillados a concluir que el marxismo analítico se inclina decididamente en dirección de una visión objetivista del tema de las clases sociales pero, como también hemos visto, Jon Elster reconoce que la definición tradicionalmente atribuida a Marx (la definición “estructural” de Cohen), basada en las relaciones de producción, enfrenta diversas dificultades, debiendo someterse a una serie de ajustes *ad hoc* en la medida en que nos acercamos a casos empíricos específicos. Más todavía, incluso con todos esos ajustes de “sintonía fina” el concepto de clase resultante permanece incapaz de responder al problema básico enunciado en el final del capítulo tercero de este artículo (véase: “Dos puntos de vista sobre el concepto marxista de clase”), en el sentido de que persiste la indeterminación intrínseca del comporta-

⁴⁶ Véase sobre el tema, Jon Elster, *Marx Hoje*, pp. 146-147, y *Making Sense of Marx*, pp. 340-341.

⁴⁷ Jon Elster, “Three Challenges to Class”, p. 160.

⁴⁸ *Idem*, pp. 160-161.

miento político de las clases sociales, y la consecuente incompatibilidad fundamental entre Olson y Marx. Siendo así, tal vez un mejor equilibrio entre el formalismo “objetivista” del marxismo analítico y una exposición “subjetivista” a la manera de Thompson sería deseable, y hasta ahora el mayor esfuerzo en esta dirección fue realizado por Adam Przeworski.⁴⁹

A primera vista, la concepción de Przeworski no se diferencia mucho de la definición objetivista que Elster sintetizó basado en Cohen y Roemer, aunque tenga ciertas alteraciones que flexibilizan de forma peculiar el uso del concepto de clase. Veamos su expresión inicial:

[...] debemos razonar según la concepción [...] de que las condiciones económicas, políticas e ideológicas estructuran conjuntamente la esfera de las luchas que tienen como resultado la organización, desorganización y reorganización de las clases. Siendo así, las clases deben ser consideradas como efectos de luchas estructuradas por condiciones objetivas que son simultáneamente de orden económico, político e ideológico.⁵⁰

Se puede notar que Przeworski mantiene la posición de que las “condiciones objetivas” estructuran luchas que darán origen a las clases, pero que también marca algunas diferencias importantes en relación con los demás autores aquí estudiados: 1) en primer lugar, abandona la concepción weberiana de clase (definida sólo económicamente) al afirmar que estas condiciones objetivas son “simultáneamente de orden económico, político e ideológico”, diluyendo la distinción entre clase y estrato y dando mayor importancia al concepto de clase; 2) en segundo lugar, su referencia a la “organización, desorganización y reorganización” de las clases trae al interior de la propia definición del concepto la constatación de las permanentes transformaciones a las que está sujeto el recorte de los actores colectivos relevantes en una sociedad,⁵¹ y 3) finalmente, el concepto de

⁴⁹ Véase Adam Przeworski, *Capitalismo e Social-Democracia*, cap. 2 (“La organización del proletariado como clase: el proceso de formación de clases”), pp. 67-119, especialmente el final del capítulo 2, “Individualismo metodológico y concepto de clase”, pp. 113-119.

⁵⁰ *Idem*, p. 67.

⁵¹ En relación con la dificultad para ajustarse a la realidad que padecen las teorías sobre las clases, Przeworski escribe: “El problema [de la relación entre clases objetivamente definidas y clases consideradas como agentes históricos] persiste porque esas clasificaciones, concebidas en sedes de partidos o en academias, son constantemente puestas a prueba en la vida real o, más precisamente, en la práctica política” (*idem*, p. 85).

Przeworski define a las clases por las luchas efectivamente ocurridas dentro de una estructura presente, y no por el comportamiento hipotético que los agentes podrían hacer en forma óptima.⁵² Este último es el punto más importante de la contribución de Przeworski y su rasgo más sobresaliente. Para Przeworski la clase y la acción están identificadas *a priori*, y los “grupos latentes” de Olson no son por lo mismo clases, por lo menos mientras no influyan incluso inconscientemente en el “mapa” de las relaciones sociales (como lo hicieron los esclavos de Roma, como lo vimos con Elster). “La propia teoría de las clases –escribe Przeworski– debe ser considerada intrínseca a proyectos políticos específicos”.⁵³

Para Przeworski, uno de los motivos centrales por el cual el análisis de las clases no se puede apoyar en los lugares que ocupan las personas en los sistemas de producción es que el desarrollo capitalista genera necesariamente una apreciable cantidad de “fuerza de trabajo socialmente disponible” que no encuentra trabajo productivo, pero que puede encontrar diversas formas de organización, no determinadas por la acumulación, pero sí por la lucha de clases. La forma de organización de esta cantidad apreciable de grupos y personas irá fatalmente a reflejarse en la organización del proletariado, lo que lleva a Przeworski a la conclusión de que “son posibles diversas organizaciones de clases alternativas en cualquier momento de la historia.”⁵⁴ La definición de proletariado con base exclusiva en la separación de los medios de producción fue posible en el siglo XIX, cuando correspondía a la noción intuitiva del operario manual, empleado en la industria. Ya a mediados del siglo XX el concepto abarcaba “secretarías y administradores de empresas, enfermeras y abogados de grandes compañías, profesores y policías, operadores de computadora y directivos-ejecutivos”, creando “una sensación de ina-

⁵² “Las clases no son determinadas únicamente por cualquier posición objetiva porque constituyen efectos de luchas, y esas luchas no son determinadas nada más por las relaciones de producción. La fórmula tradicional no nos permite pensar teóricamente sobre las luchas de clases, una vez que las reduce a un epifenómeno o las considera sin determinación objetiva. Las luchas de clases no tienen el carácter de epifenómenos y tampoco son libres de determinación. Están estructuradas por todas las relaciones económicas, políticas e ideológicas, y producen un efecto autónomo sobre el proceso de formación de las clases” (*idem*, p. 86). Lo evidente de esta formulación (clases como efectos de luchas de clases) es el precio –muy caro, conforme lo veremos más adelante– que Przeworski paga en su intento de esquivar la indeterminación de la conducta política de las clases sociales derivada del modelo de Olson.

⁵³ *Idem*, p. 87.

⁵⁴ *Idem*, pp. 67-68. El fragmento citado está en la p. 68.

decuación ya percibida por Kautsky”.⁵⁵ El rápido crecimiento del sector de servicios hizo que los operarios manuales, industriales, se volvieran súbitamente una minoría absoluta, no solamente en relación con la sociedad como un todo, sino también dentro del propio “proletariado”.

En resumen, el concepto de Przeworski considera las relaciones sociales –económicas, políticas e ideológicas– como definitorias de una “estructura de escuelas presentes en un determinado momento de la historia”.⁵⁶ Así, las clases sociales no emanan directamente de las relaciones sociales, pero constituyen efectos de las prácticas que los actores históricamente escogieron. Estas escuelas no son, a pesar de todo, arbitrarias, pues están estructuradas por las opciones dejadas abiertas por las relaciones sociales, que son consideradas por cada individuo como existentes. En el sentido inverso, estas mismas relaciones sociales estructuradas de las escuelas sufrieron la influencia del efecto agregado de estas escuelas, siendo modificadas por ellas y generando nuevas estructuras, diferentes a las anteriores.⁵⁷ De aquí emana la interpretación que Przeworski ofrece para considerar a la lucha de clases como “motor de la historia”; para él, esa afirmación tiene un valor de “postulado metodológico”, pues “todos los conflictos que ocurren en cualquier momento de la historia pueden ser comprendidos en términos históricos si solamente fuesen vistos como efectos de la formación de clases y a la vez produciendo efectos sobre esa formación”.⁵⁸

CONCLUSIÓN: ¿ESTÁ EL MARXISMO ANALÍTICO CONDENADO AL WEBERIANISMO?

La teoría de Przeworski –puede verse claramente– consiste en un gran esfuerzo de “interfecundación” recíproca entre las dimensiones “micro” y “macro” de la teoría sociológica. Lo que Przeworski busca es evitar tanto la arbitrariedad contenida en la inaceptable generación teórica desde un caso histórico aislado en que se basa la interpretación de Thompson, como el formalismo, aparentemente

⁵⁵ *Idem*, p. 76.

⁵⁶ *Idem*, p.93.

⁵⁷ *Idem*, pp. 93-98.

⁵⁸ *Idem*, p. 100.

estéril, de la búsqueda de una definición puramente objetiva de las clases sociales. Entre tanto, el resultado de su esfuerzo redundante en el ejemplo de lo que no se debe hacer mientras se trata de compatibilizar las dimensiones “micro” y “macro” del análisis sociológico. Esto último es lo que voy a intentar demostrar en esta conclusión.

La diferencia básica entre Przeworski y Roemer se debe al hecho de que el resultado del juego de Roemer es determinado por la distribución inicial, toda vez que él supone la adopción, por todos los actores, de un comportamiento óptimo. Así los actores, según sus recursos iniciales, disponen de la capacidad de diseñar una estrategia racional optimizadora que determina inexorablemente su condición de explotado o explotador. Przeworski critica el modelo de Roemer porque de él se desprende que, por ejemplo, en un sistema de producción capitalista aquel que –en virtud de un recurso inicial relativamente pequeño– es forzado a vender su fuerza de trabajo para optimizar su bienestar final está irremediablemente condenado al proletariado y a la explotación capitalista de su trabajo por terceros, a menos de que consiga abandonar las relaciones de producción capitalistas mediante la materialización de la opción revolucionaria rumbo al socialismo.⁵⁹

Przeworski pretende elaborar un sistema más indeterminado, con una concepción menos lineal de la historia, que le atribuye a Roemer. Su concepción preserva la indeterminación de la historia al mismo tiempo que busca la posibilidad –que se desprende de Olson– de que una clase permanezca indefinidamente en condición de “grupo latente”, incapaz de actuar colectivamente. Sólo que lo hace a un precio muy alto, pues la identificación *a priori* entre clase y acción que lleva a cabo Przeworski anula el concepto de clase social, deshaciéndolo de todo su significado sociológico específico al volverlo indistinguible de cualquier grupo organizado.

El concepto de clase social trae consigo relevantes implicaciones sociológicas propias, independientemente de la capacidad de acción colectiva que una clase por casualidad pueda tener, siendo inútil –y también nocivo– cualquier esfuerzo de asociarlo intrínsecamente a la idea de un “grupo que actúa” (para poner sólo un ejemplo de estas implicaciones se puede mencionar la determinación parcial

⁵⁹ Véase *idem*, cap. 7 (“Explotación, conflicto de clases y socialismo: el materialismo ético de John Roemer”), pp. 261-278.

de las “oportunidades vitales” de cada individuo, anteriormente mencionadas, consecuencia de los problemas estructurales que su situación de clase le impone, como nos lo recuerda Weber: este conjunto de “oportunidades de vida” es determinado –en sus partes fundamentales– de forma independiente de la capacidad de la acción colectiva de la clase).

Observemos ahora un poco más de cerca la teoría elaborada por Przeworski. Tenemos inicialmente una descripción circular bastante esquemática de la dinámica de la interacción y de la evolución social, tal como él la presenta: cada individuo toma como dadas determinadas relaciones sociales que estructuran escuelas individuales que, sumadas, influenciaron y modificaron aquellas relaciones sociales iniciales, y así en adelante, indefinidamente.

Hasta ahí, ningún comentario que hacer: la construcción es tan esquemática que se vuelve obvia y trivial. El punto relevante consiste en determinar qué es lo que define a las clases sociales: si las escuelas individuales efectivamente realizadas (como quiere Przeworski), o el conjunto de opciones abiertas a cada individuo. La respuesta no puede admitir dudas: si se quiere conservar la especificidad del concepto de clase social frente a cualquier forma de organización o asociación empíricamente considerada, con tal de conservar su relevancia sociológica en lo que concierne a las diferentes oportunidades vitales con que se encuentran las personas, entonces sólo se puede escoger la segunda alternativa y definir a las clases sociales con base en las diferentes opciones a que cada una tiene acceso, tal como lo hicieron Cohen, Roemer y Elster, además de Weber y el mismo Marx.

En cuanto al problema de la indeterminación de la conducta política de las clases sociales así definidas, cabe aceptarla con todas sus implicaciones, y no insistir en esquivarla por medio de reelaboraciones –éstas sí estériles– del concepto de clase social, pues estas últimas no “resuelven” el problema, pero lo evitan a través de la negación del propio concepto de clase social. Estas ganas de asociar a las clases sociales a determinados patrones esperados de comportamiento político son evidentes para Przeworski (como para Thompson), pero no dejan de influenciar también –aunque marginalmente– la obra de Elster.

Elster se refiere al tema de la indeterminación de la actuación de las clases sociales como un “desafío” al concepto de clase social, y

distingue su “definición” de clase social de la “teoría” marxista de las clases sociales,⁶⁰ como si lamentara –¿nostálgico?– verse hoy impedido de hacer las fuertes afirmaciones (que hoy sabemos im-
procedentes) que Marx extrajo de su teoría de las clases sociales.

Lo que se concluye aquí es que esa indeterminación no constituye propiamente un desafío al concepto de clase social, pero sí al uso que Marx hace de él. Ello porque, como vimos, el concepto de clase social preserva su relevancia y su especificidad sociológicas aun sin estar vinculado a la capacidad de acción colectiva organizada, hecho que el propio Elster reconoce.⁶¹

Por otro lado, en lo que concierne a la diferencia entre “definición” y “teoría”, Elster parece querer más de la “teoría” de lo que puede dar. Aunque se pueda concordar en que una definición no necesariamente configure, por sí sola, una teoría, se debe admitir que Elster no se limita a dar una definición del concepto de clase social, pues la definición de Elster comienza a acercarse a las teorizaciones en torno a las clases sociales a partir del momento mismo en que se deja a un lado la idea genérica de clase y se comienza a hablar de clases específicas en contextos históricos (o “modos de producción”) específicos, según los parámetros generales ofrecidos por la definición. Y varias inferencias podrán ser hechas acerca del comportamiento de los miembros de las diversas clases sociales, pero exclusivamente acerca de su comportamiento “económico” (en el mercado de trabajo o de crédito), pues este es el rasgo definitorio de las clases sociales, aquel que determina de modo fundamental las oportunidades vitales de cada individuo en una forma específica de sociedad. Lo que la incorporación del modelo de Olson nos impide hacer son inferencias históricas concretas acerca de la conducta política de los miembros de las clases sociales, pero no sobre su conducta económica.⁶²

⁶⁰ Jon Elster, “Three Challenges to Class”, especialmente p. 147.

⁶¹ El concepto weberiano de clase social, por ejemplo, no es de ninguna forma “desafiado” por la inexistencia de un vínculo necesario entre clase y acción colectiva. Si vamos todavía más lejos, y para decir las cosas de forma clara, afirmo que la inexistencia de esa vinculación *a priori* entre clase y acción colectiva es condición necesaria de la relevancia sociológica del concepto de clase social.

⁶² Aquí vale la pena reconocer que llegamos a una noción de clases sociales extraordinariamente cercana a la concepción weberiana, que identifica “situación de clase” con “situación de mercado” (base posible y frecuente, pero no necesaria, de la “acción comunal”), determinada por la “forma mediante la cual la propiedad material es distribuida entre varias personas”. Creo que es casi innecesario a estas alturas registrar la semejanza entre la concepción de Weber y la de Roemer: ni siquiera al mercado de crédito como eventual factor definitorio de la situación de clase deja de referirse el primero (Weber, “Clase, Estamento, Partido”, pp. 212-214).

Y si por casualidad se constata que la polarización de la sociedad entre proletarios y capitalistas pasa por encima de las importantes diferencias internas entre los miembros de una misma clase se debe refinar el concepto para intentar incorporar las sutilezas necesarias. Otras configuraciones de las clases sociales, que revelan la realidad, nos pueden llevar a abandonar el concepto de “capitalismo” como el elemento definitorio de nuestra actual realidad histórica y cambiarlo por cualquier otro (¿socialismo?). De forma alternativa puede ocurrir que, en una sociedad crecientemente igualitaria, las clases sociales económicamente definidas dejen no sólo de intervenir en los conflictos sociales centrales de la sociedad, sino que también pierda relevancia la determinación de las principales oportunidades de vida (u oportunidades vitales) de muchas personas. En este caso, el concepto de clase social perdería paulatinamente su importancia y centralidad sociológicas en favor de otro concepto, definitorio de alguna otra división social que pueda resultar más relevante.

Lo que definitivamente el analista no debe hacer es rehusarse a la teorización, “pegando los ojos” al empirismo y limitándose a narrar los acontecimientos en la medida en que éstos se desarrollen, llamando clases sociales a cualesquiera grupos organizados en función de los cuales se definan los conflictos sociales básicos. Un procedimiento como el descrito no podría pretender el rótulo de “ciencia” social toda vez que, al definir a partir de los conflictos sociales un concepto (el de “clases sociales”) que se cree relevante para el estudio de esos mismos conflictos sociales, transforma una definición en aquello que inicialmente se postulaba como una relación causal, despojando al concepto de clase social de cualquier interés o importancia, por lo menos en lo que se refiere a la explicación de los conflictos sociales, pues cualquier relación entre clases sociales se encuentra disminuida a una tautología hueca.

Con respecto al determinismo histórico del modelo de Roemer, no deja de ser un reflejo aparente de un esfuerzo teórico a-histórico de “darle nombre a las cosas”. Él pretende formular una teoría general de las clases sociales vinculada a estrategias específicas en el ámbito del mercado –de trabajo o de crédito–, que los actores racionales (esto es, los optimizadores) serían obligados a adoptar (de ahí viene la expresión de *determinismo*).

Roemer llama a su teoría “general” porque espera que se utilice, es cierto, en cualquier modo de producción, como los clásicamente de-

finidos en la obra de Marx. Sólo que ello no implica admitir cualquier teoría “histórica” sobre el paso de un modo de producción a otro.⁶³ Roemer simplemente trabaja con diversos “tipos ideales” de modos de producción y busca elaborar una definición de clase social que pueda ser aplicada a cualquiera de ellos en forma provechosa, siempre y cuando se mantenga estable la correspondencia entre la posición de clase y el estatus de explotador o explotado de cada individuo.

Así, en las obras de Cohen, Roemer y Elster –pero no en la de Przeworski– encontramos un esfuerzo provechoso de compatibilización entre las dimensiones “micro” y “macro” del análisis sociológico, por lo menos en lo que se refiere al tema de las clases sociales. Ellos someten una definición “macro” de las clases sociales al juicio de la intencionalidad individual de los actores racionales y salen de ahí como es posible salir: 1) con algunas inferencias acerca de su comportamiento (“económico”) en el mercado, y 2) con algunas consideraciones acerca de las relaciones de poder en que se encuentran inmersas las diversas clases sociales; estos factores, en conjunto, influyen en forma fundamental en las oportunidades vitales de las diversas personas. Lo que no logran extraer del concepto son las inferencias marxistas fundamentales acerca del comportamiento político de las diversas clases sociales, especialmente las relacionadas con la acción colectiva organizada y, consecuentemente, con la revolución.

El esfuerzo de compatibilización entre los niveles “macro” y “micro” del análisis sociológico no necesita, por lo tanto, redundar en circularidades insolubles, ni tampoco en la reformulación precipitada de todo, y de cualquier, concepto “macro” cuyas implicaciones habituales se vean desafiadas por eventuales descubrimientos en el nivel “micro”, especialmente cuando tales reformulaciones nos pueden llevar a evitar el problema solamente por el cambio de nombres de los conceptos con los cuales operamos, imposibilitándonos para extraer del “desafío” las lecciones pertinentes.

Belo Horizonte, febrero-mayo de 1991

⁶³ En el ámbito de la bibliografía relacionada con el marxismo analítico, una contribución interesante –realizada por un historiador– es la de Robert Brenner, “The Social Basis of Economic Development”, que busca lidiar con los microfundamentos del proceso del paso del feudalismo al capitalismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Perry. *Arguments within English Marxism*. Londres: Verso, 1980.
- AXELROD, Robert. *The Evolution of Cooperation*. Nueva York: Basic Books, 1984.
- BARRY, Brian. *Los sociólogos, los economistas y la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.
- BOTTOMORE, Tom (ed.). *Dicionário do Pensamento Marxista* (1983). Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1988.
- BOUDON, Raymond. *Efeitos Perversos e Ordem Social* (1977). Río de Janeiro: Zahar Editores, 1979.
- BRENNER, Robert. "The Social Basis of Economic Development", en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, pp. 23-53. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- COHEN, G. A.. *Karl Marx's Theory of History: A Defense*. Oxford: Clarendon Press, 1978.
- , "Resposta ao Artigo 'Marxismo, Funcionalismo e Teoria dos Jogos', de Jon Elster" (1982), en *Lua Nova*, núm. 20, pp. 179-195, mayo de 1990.
- DAHRENDORF, Ralf. *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Londres: Routledge y Paul Kegan, 1957.
- ELSTER, Jon. "Marxismo, Funcionalismo e Teoria dos Jogos: Argumentos em Favor do Individualismo Metodológico" (1982), en *Lua Nova*, núm. 17, pp.163-204, junio de 1989.
- , *Explaining Technical Change: A Case Study in the Philosophy of Science*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- , *Making Sense of Marx*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- , "Three Challenges to Class", en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, pp. 141-161. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- Marx Hoje* (1986). Río de Janeiro: Ed. Paz e Terra, 1989.
- FINLEY, M. I. *Economia e Sociedade na Grécia Antiga* (1981). Sao Paulo: Martins Fontes, 1989.
- HAMPTON, Jean. *Hobbes and the Social Contract Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- HARDIN, Russell. *Collective Action*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1982.

- HEMPEL, Carl G. "A Lógica da Análise Funcional" (1959), en P. Birnbaum y F. Chazel (coords.), *Teoria Sociológica*, pp. 232-252. Sao Paulo: Hucitec-Edusp, 1977.
- MARX, Karl. "O 18 Brumário de Luís Bonaparte" (1852), en José Arthur Giannotti (coord.), *Marx*, 2ª edición, pp. 323-404. Sao Paulo: Abril Cultural, colección "Os Pensadores", 1978.
- MARX, Karl y Friedrich ENGELS. *A Ideologia Alemã* (1846). Sao Paulo: Ed. Hucitec, 1986.
- , "Manifiesto do Partido Comunista" (1848), en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras Escolhidas*, vol. 1, pp. 21-47. Sao Paulo: Ed. Alfa-Omega, s.f.
- OLSON Jr., Mancur. *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups* (1965). Nueva York: Schocken Books, 1968.
- , *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*. Nueva Haven: Yale University Press, 1982.
- ORDESHOOK, Peter C. *Game Theory and Political Theory: An Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- PLAMENATZ, John. "Mr. Warrender's Hobbes", en *Political Studies*, vol. 3, octubre de 1957.
- PRZEWORSKI, Adam. *Capitalismo e Social-Democracia* (1985). Sao Paulo: Companhia das Letras, 1989.
- RAPOPORT, Anatol. *Lutas, Jogos e Debates* (1960). Brasília: Ed. Universidade de Brasília, 1980.
- REIS, Bruno Pinheiro W. "Reflexões sobre a Epistemologia de Popper e o Individualismo Metodológico" (1989). Rio de Janeiro: IUPERJ, *Série Estudos*, núm. 77, marzo de 1990.
- REIS, Fábio Wanderley. "Solidariedade, Interesses e Desenvolvimento Político: Um Marco Teórico e o Caso Brasileiro", en Jorge Balán (coord.), *Centro e Periferia no Desenvolvimento Brasileiro*. Sao Paulo: Difel, 1974, pp. 185-231.
- ROEMER, John E. *A General Theory of Exploitation and Class*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1982.
- , "Introduction", en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, pp. 3-8. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- , "New Directions on the Marxian Theory of Exploitation and Class", en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, pp. 81-113. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

- SCHUMPETER, Joseph (1927). "Social Classes in an Ethnically Homogeneous Environment", en *Imperialism-Social Classes: Two Essays by Joseph Schumpeter*, pp. 99-168 y 176-179 (notas). Cleveland: Meridian Books, 1955.
- STINCHCOMBE, Arthur L. *Constructing Social Theories*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1968.
- TAYLOR, A. E. "The Ethical Doctrine of Hobbes", en Keith Brown (ed.), *Hobbes Studies*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1965.
- THOMPSON, Edward Palmer. *A Formação da Classe Operária Inglesa* (vol. I: "A Árvore da Liberdade") (1968). Rio de Janeiro: Ed. Paz e Terra, 1987.
- TSEBELIS, George. *Nested Games: Rational Choice in Comparative Politics*. Los Angeles: University of California Press, 1990.
- WARRENDER, Howard. *The Political Philosophy of Hobbes*. Oxford: Oxford University Press, 1957.
- WEBER, Max. "Classe, Estamento, Partido" (1922), en Max Weber, *Ensaio de Sociologia*, pp. 211-228. Rio de Janeiro: Ed. Guanabara, 1982.
- WRIGHT, Erik Olin. *Classes*. Londres: New Left Books, 1985.
- , "What is Middle about the Middle Class?", en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, pp.114-140. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- ZAGARE, Frank C. *Game Theory: Concepts and Applications*. Beverly Hills: Sage Publications, 1986.